

Emmanuel Venet

Escenas de medicina imaginaria

Traducción de Fernando Sánchez Pintado

P A S O S P E R D I D O S

Diseño de cubierta: Editorial Pasos Perdidos S.L.

Imagen de cubierta: Giuseppe Arcimboldo, *Il Bibliotecario*, 1566

Maquetación: Daniel F. Patricio

Título original: *Précis de médecine imaginaire*

© de la edición original, Éditions Verdier, 2005

© de esta edición, Editorial Pasos Perdidos S.L., 2015

© de la traducción, Fernando Sánchez Pintado, 2015

ISBN: 978-84-943434-3-8

Depósito legal: M-22910-2015

Impreso por Huna Soluciones Gráficas S.L.

Cualquier formato de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede hacerse con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

REUMATISMO

A pesar de que se llevaban quince años, a mi madre le gustaba mucho charlar con la de mi amigo Bonnardier. Ambas compartían una misma pasión por las enfermedades, especialmente por las mortales. Mi madre sufría de artritis, la de Bonnardier de artrosis. Cuando se encontraban en el mercado de Monplaisir, era empezar y no acabar de contarse sus respectivos martirios en una reñida competición de síntomas: mi madre con los fulgurantes pinchazos en los dedos y la Bonnardier con las caderas hechas trizas al anochecer. El intercambio terminaba siempre con una hipócrita aceptación de empate, aunque en su fuero interno las dos se retiraban convencidas de haber ganado el partido.

Podría esperarse una connivencia natural entre personas que están afectadas por enfermedades cuyos nombres son tan parecidos. Nada de eso: los artrósicos comprenden muy mal la artritis, y viceversa. Para unos, el sufrimiento provocado simplemente por soportar su peso; para los otros, un mal agravado por el anquilosamiento de las articulaciones. Para los primeros, el dolor vespertino; para los segundos, el matinal. Dolencia de viejo contra enfermedad de joven, evolución crónica contra fase aguda. Convengamos en que la artritis, medicamente hablando, suena más seria, pero la señora Bonnardier tenía más antigüedad en la enfermedad y se expresaba de manera mucho más patética: su estatuto de inválida era indiscutible.

A mi madre le trataba el doctor Bert, mientras que a la Bonnardier le seguía el doctor Caillaux. El doctor Bert era un profesional concienzudo que no entendía gran cosa de enfermedades, mientras que el doctor Caillaux ejercía con

rigor una medicina ineficaz. Si se padecía de artritis o de artrosis, por ejemplo, era inútil esperar que fueran a prescribir los remedios adecuados: se limitaban a recetas de otra época o a medicinas inapropiadas que sólo provocaban efectos secundarios. Aun así eran los médicos menos nocivos de un barrio en el que no faltaban ni los charlatanes ni los matasanos. Abundaban las historias de personas que llegaban a la consulta en buen estado de salud y al poco tiempo caían de verdad enfermas.

Hasta que comenzó a padecer de artritis mi madre tocaba apasionadamente *Para Elisa* de Beethoven y *El sueño* de Schumann. La dolencia la alejó del teclado y tuve que tomar el relevo. A partir de entonces todo encaja: me hice médico y padezco de una neurosis pianística que hace que me sea tan imposible dejar el piano como tocarlo correctamente. Esto es lo que, a espaldas mías, se forjó en el mercado de Monplaisir, asociado a las brumas de las mañanas lyonesas, a los capachos desbordantes de acelgas y puerros, y a los relatos inacabables de enfermedades incurables: un destino.

SATURNISMO

Bajo ese espléndido nombre se esconde una enfermedad vulgar: la intoxicación por plomo. La facultad de medicina intentaba que nos interesáramos por ella hablándonos de Van Gogh, de los pinceles embadurnados de pintura que sostenía entre los dientes, de los cielos como un aullido y de la oreja que regaló a una puta, sin olvidar los últimos plomos disparados en los trigales de Auvers. También nos recordaban a los vendedores de periódicos de los tiempos de la linotipia que mañana tras mañana se chupaban un dedo para contar sus ejemplares, víctimas al cabo de los años de la toxicidad de este hábito. Luego nos abandonaban a la verdadera vida, hecha de niños pobres jugando entre paredes de pintura desconchada, de trabajadores expuestos al plomo por patrones sin escrúpulos y de coleccionistas de soldados. Miserias que cuesta insertar en la trama simbólica que va del Dios caníbal al metal con el que se hacen los espejos.

Primo Levi describe en *El sistema periódico* uno de los casos más memorables de saturnismo. El capítulo «Plomo» de ese libro retoma un relato escrito anteriormente, es la historia de una persona extravagante que busca el vil plomo como otros buscan oro. En una Edad Media brumosa, el hombre recorre Europa y trata de ganar a sus contemporáneos para la causa del blando metal con el que tan fácil resulta hacer cañerías letales y ataúdes estancos. Explora yacimientos, explota los mejores filones y para terminar, sin haber ni triunfado ni fracasado, muere antes de tiempo con las encías azuladas. La observación delata al poeta: la ciencia clínica ve más bien negruzco el cerco que se forma en la base de los dientes. Todos los malentendidos entre la medicina y la poesía podrían resumirse en ese detalle.

En las salas de espera de los hospitales y de los pediatras hay carteles que avisan del peligro de las viejas pinturas. Una extraña tristeza te invade al verlos; su fealdad y mal gusto son un insulto para Saturno y sus satélites. Hay que mirar a través de ellos para encontrar la brillante canica y sus anillos, el arrebatado de locura de Goya y las promesas incumplidas de Verlaine, el precio que hay que pagar a Saturno que canta Brassens¹ y el orden ficticio de la biografía de Levi. Sólo entonces, al igual que se acentúa la distancia entre el azul y el negro, se impone la necesidad de devolver a la medicina la parte de poesía que tanto se resiste a aceptar.

1. Se refiere a la canción «Saturno», y al precio que le tiene que pagar una joven, de George Brassens (*N. del T.*)

ANGINAS

Las anginas, fieles amigas de la infancia: varias veces al año, casi siempre en período escolar, regresaba el dolor al deglutir que anunciaba una tregua. Con que tuviera un poco de fiebre ya me había ganado una visita del doctor, quien pedía una cucharilla, me encontraba ganglios, temía los peores males para mis riñones y redactaba un justificante para el colegio. Después de eso, disipada toda inquietud, podía dedicarme por entero a mi papel de enfermo.

Debo a las anginas el descubrimiento de las horas muertas: la calma deliciosa que deja tras de sí el barullo de la mañana, el ritmo tranquilo de la compra y de las tareas domésticas, el ligero aburrimiento de las horas de sobremesa. Tesoros que me eran arrebatados al final de la tarde cuando regresaban los ausentes y con ellos el ritmo de la vida ordinaria. A partir del segundo día tenía que exagerar un poco para no perder demasiado de prisa las ventajas que me proporcionaba esa situación. Fingía una inmensa fatiga, hacía muecas al tragar, intentaba no mostrar un excesivo ardor cuando jugaba. Terminaba a mi pesar por acceder a curarme, a recuperar las clases y finalmente a sumergirme sin alegría en el torbellino.

El doctor Bert aconsejaba que me extirpasen las amígdalas. De vez en cuando mi madre y la Bonnardier se paraban en la acera para debatir el asunto. Para mi gran alivio, siempre acababan por concluir que no había por qué precipitarse.